

Vicente Blasco Ibáñez

EL DESNUDO

(*El Liberal*, 17-5-1907, p. 1; *La Patria, diario de México*, 19-6-1907, p. 2)

Cuando de tarde en tarde entro en el Museo del Prado, noto que el curso del tiempo y la moderna amplificación de las costumbres no han ejercido influencia alguna en las preocupaciones de una parte del público.

Especialmente las mujeres, al avanzar por las galerías, más atentos a la significación religiosa de los lienzos que a sus bellezas artísticas, y más sensibles a los detalles de indumentaria que a la expresión de los rostros, avivan el paso en ciertos lugares, y vuelven la cara, o tuercen los ojos, siguiendo adelante con gesto duro o doloroso, como si acabasen de recibir una ofensa en la dignidad de su sexo. Es el desnudo, el abominable desnudo, que hiere sus miradas con la curva y pecaminosa línea, y la diabólica transparencia sonrosada o ambarina.

Muchas veces, ni llegan a distinguir los escandalosos lienzos. Conocen el lugar donde están o presienten su existencia: huelen de lejos a Ticiano, a Rubens, a Goya, y pasan ante ellos sin verlos, satisfechas de realizar públicamente este alarde de corrección social y de honradez. Cuando alguna muchacha con la tranquilidad de la inocencia o la ávida curiosidad de los pocos años, lanza una ojeada a los abominables cuadros, atraída por el irresistible encanto de lo prohibido, la voz imperiosa de la madre la vuelve de nuevo al recato de las personas decentes.

—Niña, no mires. Nos van a tomar por unas cualquiera.

Y los honrados señores que pagan puntualmente su contribución y se lamentan del desorden del país, los sacerdotes que acompañan niños, los matrimonios que asisten por la noche a ciertas funciones del género chico, se extrañan de que tales cuadros estén a la vista de todo el mundo y prorrumpen en sordas protestas.

—¡Un museo público!... El Gobierno debía fijarse en esto. Los cuadros con mujeres desnudas deberían guardarlos en un salón cerrado, donde solo se entrase con papeleta.

¡Los grandes artistas del desnudo confinados aparte! Algo así como el «reservado» de los barracones, donde se exhiben figuras de cera.

Los primeros que hablaron de «la castidad del desnudo» dijeron una verdad indiscutible. Yo no conozco nacía tan puro, que eleve el ánimo sobre las

«materialidades» y haga concebir la inmensidad de la inteligencia creadora que moldeó las infinitas formas de la vida, como la contemplación del desnudo artístico, pero desnudo... «de veras». Unos cuantos centímetros de media, vistos rápidamente por debajo de unas enaguas en un día de lluvia o a la bajada de un coche, despiertan a la bestia carnívora que el hombre lleva dentro; y, en cambio, puede contemplarse horas enteras la divina desnudez, serena y amputada, del mármol de Milo, o la majestuosa calma de otras estatuas más completas y no menos libres de velos, sin que el monstruo lascivo se desperece y despierte. Ciertos vestidos que circulan por esas calles y se encogen en las iglesias con devota genuflexión, cerrados y pudibundos desde la garganta hasta los tobillos, pero que al moverse, con el compás de la marcha, delatan bajo su ajuste indiscreto mórbidas líneas y elásticas curvas, son más escandalosos para las preocupaciones de la moral vulgar que las desnudeces completas de los cuadros y las estatuas, en las que ningún adorno de la vida corriente distrae a la imaginación, resucitando en ella deseos y pasiones de la existencia vulgar.

Adornad a Venus con dos cintas en forma de ligas, y se borrará instantáneamente en púdica majestad, naciendo la pecaminosa tentación; pintad unas medias sobre las piernas ambarinas de una mujer del Ticiano, cubrid con camisas las *Tres gracias*, de Rubens, y surgirá esa inmoralidad que hace más peligrosa una página de cualquier periódico ilustrado, con sus dibujos de damas que solo dejan entrever una pequeñísima parte de su cuerpo, entre blondas y sedas, que todas las desnudeces pintadas o esculpidas por el hombre desde los primeros tiempos del arte.

El desnudo no es moral ni inmoral, pues no evoca ideas de virtud ni de pecado: solo inspira admiración y es simplemente bello. Lo inmoral es el desnudo a medias, la carne con el aditamento del vestido, el «arremangamiento».

Quien sienta su ánimo perturbado ante la desnudez divinizada por el artista, no puede atribuir la tentación a sus ojos y a la influencia exterior. Es que lleva dentro de él el demonio de la lascivia, ansioso de un pretexto para despertar. Así vivieron muchos santos varones que, martirizados por la castidad, veían el peligro carnal en los actos más insignificantes o más puros de la vida; así se escribieron, en otros tiempos, escandalosos tratados de moral y horripilantes manuales de confesores, por hombres de una virtud feroz, martirizados por el ayuno y heridos por el cilicio, que en fuerza de imaginarse combinaciones de un pecado nunca conocido por ellos, acabaron por inventar monstruosidades repugnantes, deleites inauditos, creyéndolos cosa corriente en el mundo.

Existe en el templo de los papas, en el lugar más céntrico de la basílica de San Pedro, la tumba de un pontífice, creo que Paulo V, ostentando como principal adorno una mujer desnuda, símbolo del reposo. Para su serena belleza sirvió de modelo Julia Farnesio, sobrina del papa, y mientras duró la clásica influencia del Renacimiento, glorioso despertar de la vida y la verdad, la gran señora de mármol presidió con su desnudez las pompas del primer templo del catolicismo sin que peligrase la virtud de los representantes de Dios. Otros pontífices vinieron después más escrupulosos, y sobre la estatua yacente colocaron en nombre de la moral una especie de manto o camisa de plomo que moldea y revela las redondeces invisibles. Ahora es cuando en plena basílica reinan impudicamente la inmoralidad y el escándalo. Lo que se ve a medias, lo que se adivina, lo que no se ve y excita la imaginación con el encanto del misterio, es lo peligroso.

Anatolio France describe, en uno de sus cuantos menos conocidos, la santa calma de un eremita que vive entre salvajes completamente desnudos. Una muchacha le sirvo, sin que el piadoso varón se emocione ante su cuerpo, que ve todos los días. Pero llega el demonio tentador regalando a la joven un pedazo de tela roja; la salvaje lo ajusta a sus caderas, se lo recoge al andar, con el instinto de seducción que duerme en el alma de toda hembra, sin diferencia de razas y colores, y el siervo del Señor camina tras ella, enloquecido por lo que veía antes y ahora ya no ve, ensalzando la esfera como la más perfecta y armoniosa de las formas geométricas.

Es el cuerpo humano la expresión de belleza más definitiva de cuantas ha producido la Creación.

El misterio inteligente que late en el fondo de las cosas, y que ha caminado al través de miles de millones de siglos, de evolución en evolución, sufriendo titubeos y equivocaciones, pero siempre en marcha ascendente, partiendo del boceto informe para llegar a la obra perfecta, parece decir ante la belleza humana: «No hay más allá».

Desde que el hombre piensa, y desarrollando el cerebro a costa de la pérdida de su primitiva animalidad, ha tomado posesión del mundo, que dos nobles empresas llenan su historia; explotar a la naturaleza para subsistir a sus expensas, y modificarla, embelleciéndola con el poder de su inteligencia.

Las especies salvajes han sido domesticadas para el sustento del bípedo rey; el fiero caballo de ojos de fuego e hirsuta crin, que corría por las desiertas inmensidades prehistóricas en manadas semejantes a trombas, aplastándolo todo bajo sus cascos

homicidas y su boca rabiosa; el toro indomable, de mortal cornada; el perro salvaje y el gato traidor, sobrino de los felinos sanguinarios de las selvas, son hoy compañeros del hombre, guardando su casa o ayudándole al transporte de pesos que jamás pudieron sustentar sus brazos. Los vegetales diseminados al azar, con una rareza en el número y una grosería en los frutos que prometían eterna hambre, los ha reproducido y modificado, excitando sus cualidades productoras, agrupándolos en limitadas extensiones de terreno, sometiéndolos a una germinación anual que asegura al bienestar y la vida. Las bestias débiles y humildes que vagaban para ser pasto de los grandes carnívoros de la naturaleza, las ha reunido y las guarda en corrales y majadas, fomentando con el amontonamiento una producción de sustancias alimenticias y de vellones que decrecía y se perdía en la soledad. De pedruscos negros, en cuyas entrañas infecundas no puede germinar el más pequeño tallo, saca el fuego, fuente de vida; del agua hace surgir el vapor; de la fuerza misteriosa que tiembla en el espacio y engendra tempestades, extrae la luz de sus noches, que hace palidecer el melancólico disco de la luna.

Al egoísmo del aprovechamiento añade el orgullo de la corrección, una ansia de embellecerlo todo para que alegre en vida. El ladrido de nuestros remotos abuelos, velludos y de largos brazos, el cráneo pequeño, la mirada estúpida o feroz, el cuerpo untado de grasa de foca, y por todo vestido y adorno pieles nauseabundas o collares de espinas de pescado y dientes de fiera, se ha transformado en la palabra divina y armoniosa, con que el escritor envuelve las ideas como en un regio manto; en el apóstrofe, que lanza el tribuno sobre las muchedumbres, estremeciéndolas como un mar tempestuoso; en el canto del poeta, que hace elevar los ojos a la inmensidad, trémulo el corazón por los anhelos de un más allá desconocido sin cuya esperanza viven perfectamente los demás organismos, pero que nos es necesaria como una consecuencia del orgullo que nos infunde nuestra superioridad.

De los rumores y estrépitos de la naturaleza ha extraído el hombre la música, la más moderna, inmaterial y misteriosa de todas las artes humanas. El arrullo del viento, el dulce temblar de las hojas, el murmurar de las fuentes, el tableteo de los truenos, los mugidos del vendaval, todo lo que en la naturaleza canta y suena, lo mismo en los oídos que ante los ojos, igual con perceptibles vibraciones que con el invisible palpitar de los colores, todo palidece de envidia ante la imitación del hombre, que ha mejorado y sobrepasado el original. No surgirá tormenta alguna, por los siglos de los siglos, que suene como la tempestad que vibró en los sordos oídos de Beethoven al concebir su

Sinfonía Pastoral; jamás cantaron los bosques como la selva wagneriana, en cuyas espesuras trisca Sigfrido, el paladín inocente y heroico, aguardando la presencia del dragón.

Prometeo ha escalado por segunda vez las alturas del Olimpo; pero arrebatando para siempre el fuego de los dioses que duermen en el fondo de la naturaleza.

Solo ante la perfecta belleza humana se detiene el hombre, impotente para la modificación, sin nuevas ideas que le permitan corregir lo existente. Desde que las primeras manos cogieron un cincel o juntaron los colores para reproducir la verdad al través de un temperamento, se repite siempre el mismo modelo, sin que este tolere modificaciones esenciales. El artista religioso, al simbolizar la tierra, nodriza amorosa de los humanos, la fatalidad de enigmático gesto, la madre dolorosa en el esplendor de su abnegación, todas las imágenes amadas de las miles de creencias que agitan a los hombres desde su remota cuna, ha podido vestir las con tiaras de pedrería o túnicas rígidas como corazas; con paños, en cuyos pliegues parece temblar el viento de horno de los desiertos; con mantos azules o albas vestiduras, añadiendo como atributos flores de loto, corazones inflamados, brazos múltiples, y la luna y las estrellas; pero al través de estos adornos ha persistido siempre lo inmortal e inmodificable; la forma humana, el cuerpo, cuya majestad adivinaron los helenos, adorándolo y divinizándolo en su sencilla desnudez.

El afán idealista ha pretendido reformar la humana belleza pintándola entre nubes con los pies lejos del suelo, mas no por esto desaparece en ella la presencia de la carne; ha envuelto su desnudez con vaporosas vestiduras, pero bajo estas se revela el encanto de las formas; ha colocado en sus omóplatos, como supremo esfuerzo, las alas del ángel, robando al pájaro este adorno vulgarísimo, y las alas se despegan y caen, resurgiendo en toda su majestad la primitiva forma humana.

El ascetismo medioeval, con los ojos puestos en el cielo y el odio en la tierra, rompió mármoles y esparció gruesa capa de ruinas sobre el arte pagano; se hizo la noche; la humanidad desorientada se detuvo inmóvil al borde del camino, en una espera de siglos; pero pasado cierto tiempo, el arado, desgarrando las tumbas de las ciudades, volvió a la luz la clásica belleza, y los campesinos, que contemplaban con asombro surgir de la tierra las «brujas blancas», viéronlas marchar en triunfo a los palacios de los poderosos, y hoy la antigua desnudez ríe con el brillo acaramelado del mármol secular y parece decir a los últimos escrúpulos de la preocupación cristiana, que la persiguió:

—Soy inmortal y divina, porque soy la vida. Si me modifican, reaparezco; si me disfrazan, surjo al través de las envolturas; si me entierran, resucito.